

LA IMAGINACIÓN: ¿ORNAMENTO O CREACIÓN DE MUNDOS?

Carlos Pereda

Universidad Nacional Autónoma de México

jcarlos@servidor.unam.mx

Abstract

The word “imagination” alludes to different practices. This paper tries to answer two questions. In the first place, it tries to offer, descriptively, a general characterization listing various candidates for common properties of the different types of imagination: imagining intervention, development of an imaginary scenario that is built from partial blockings of the truth dimension. In second place, a normative difference is drawn between fantasy and imagination using the metaphor of “walls versus bridges”: fantasy lifts “walls” against reality and, thus, mental movements become centripetal, while imagination builds “bridges” with centrifugal movements.

Key words: imagination, fantasy, truth, reality, St. Augustine.

Resumen

Con la palabra “imaginación” se hace referencia a prácticas muy diversas. Este trabajo procura responder dos preguntas. En primer lugar, se intenta ofrecer, de manera descriptiva, una caracterización general enumerando varios candidatos a propiedades comunes de las diversas formas de imaginación: intervención imaginante, desarrollo de un escenario imaginario que se constituye con bloqueos parciales de la dimensión de verdad. En segundo lugar, se traza una diferencia normativa entre fantasía e imaginación desarrollando la metáfora “murallas versus puentes”: la fantasía levanta “murallas” frente a la realidad y, así, los movimientos mentales que se despliegan son centrípetos. La imaginación desarrolla “puentes” con movimientos centrífugos.

Palabras claves: imaginación, fantasía, verdad, realidad, San Agustín.

*Recibido: 13-01-06. Aceptado: 20-03-06.

Con frecuencia la primera persona también dispone de un poder de seguir deseos, creencias, emociones, expectativas y también acciones, y su correspondiente seguirse en ellas, que *no* consiste en seguimientos narrativos con compromisos referenciales. Ese poder también desborda la capacidad de seguimiento planeador. Por eso, podemos reconstruir otra capacidad que presuponemos en las prácticas en que los animales humanos simulan que son, o han sido, o serán, o deben ser, o representan, o fingen, o hacen como si fuesen, o pretenden, o suponen que, o hacen creer, o se creen que han sido o son. Es la *capacidad de seguimiento imaginario*.

Esa capacidad posee una variedad sorprendente de prácticas. Si se me susurra la expresión “una vaca colorada”, se me invita a formar la imagen de una vaca colorada (cualquiera sea el uso que hagamos de la palabra “imagen”, como un cuadro interior o como correlatos de descripciones verbales o, según el caso, como una de esas posibilidades). Pero si un obrero supone que después de las vacaciones de verano le ofrecerán un nuevo empleo, tal vez no acompañe esa especulación con una imagen. Algo similar sucede si un amigo —tal vez con desprecio— señala: “Me imagino los celos que habrás sentido”. O si en una clase un profesor propone: “Ubíquense en los tiempos de la conquista española de América. . .”, quizá crucen su mente, o a las de sus alumnos, imágenes crueles, o heroicas, o intrépidas, o acaso ninguna. Por otra parte, a veces, aunque sólo a veces, hay comportamientos observables que se pueden asociar con un seguimiento imaginario.

Las variedades pueden ser de otro tipo. Atendamos las simulaciones, las representaciones, los fingimientos. Los animales humanos son capaces de hacer parecer que existe algo que no existe, o que ocurre algo que no ocurre, con diferentes propósitos. Así, las niñas y los niños, cuando juegan, representan que son princesas o piratas, ingenieras o plomeros, misioneras o astronautas, y conversan y tienen problemas y se alegran como si lo fueran, aunque sin procurar engañar a nadie, ni engañarse. Ese generalizado fingir (en todas las culturas que conocemos, las niñas y los niños parecen que hacen algo análogo a lo que llamamos “jugar”), ¿es un agradable pasatiempo?, ¿los prepara para su vida futura?, ¿les enseña

a no dejarse acosar por sus circunstancias más inmediatas?... También si actores y actrices representan en el teatro, en el cine, en la televisión que son gitanas y conquistadores, granjeros y abogadas actúan como si lo fueran, sin pretender engañar a nadie, ni engañarse; lo hacen porque tal vez les gusta, y a nosotros, sus espectadores, nos dan placer y pagamos por ello.

En otros contextos, en matemáticas, se simula como técnica de prueba y error y se opera con modelos. También quien argumenta de manera hipotética se aleja de su situación al considerar como existente cierto objeto o circunstancia que no lo es, pero que asume como punto de partida para un razonamiento. Sin embargo, no por casualidad, un derivado del verbo “simular”, los simulacros (acciones que se realizan para escenificar cierta apariencia), pueden ir de prácticas tan loables como aquellos ejercicios para prepararse ante un peligro (“un simulacro de salvamento”, “un simulacro de ataque”) hasta las falsificaciones (“un simulacro de juicio”). Éste último suele ser el caso del fantasear. Cuando un domingo no quiero levantarme y me represento corriendo en el bosque, ¿me manipulo? Tal vez, para no sentirme tan mal por no estar corriendo en el bosque. En ocasiones, sin embargo, se fantasea una conducta con la firme intención de engañar para sacar provecho (“hizo como si fuese un accidente para cobrar el seguro”).

Supongamos que estos ubicuos poderes que intervienen en los juegos infantiles y en el diseño profesional meticuloso, en resolver problemas caseros y en reprimirlos pretendiendo que no existen, en la construcción de artefactos tecnológicos y en el vago fantasear, poseen algunas propiedades comunes. No obstante, incluso quien acepte que hay tales propiedades no suele describirlas, ni por eso, valorarlas, del mismo modo. A veces se reprocha: “ya tienes edad para que abandones tus imaginaciones y pises un poco la realidad”. O: “eso es pura imaginación” como equivalente de: “eso no es cierto”, “eso es mentira”. Sin embargo, otras veces también se elogia: “Qué maravilla, qué poder de la imaginación”. O: “Los mundos imaginarios son tan ‘reales’ como el llamado ‘mundo real’ ”... A partir de observaciones como éstas suelen defender-

se dos propuestas, sin duda opuestas y que, desarrolladas, no pocas veces se vuelven contradictorias:

1. Con los seguimientos imaginarios sólo se conforman pasajes vanos a lo que no es, o propuesta acerca del carácter superfluo de la imaginación.
2. La imaginación conforma mundos paralelos de igual consistencia que el llamado “mundo real”, o propuesta reificadora.

Intentaré disolver esta alternativa. Pero antes, quiero explorar un poco, el supuesto acerca de si con la expresión “capacidad de seguimiento imaginario” se agrupan actividades con ciertas propiedades comunes o posible *concepto sustantivo de la capacidad de seguimiento imaginario*. Incluso si este concepto sólo se aplicase a algunos seguimientos imaginarios, quizá de manera indirecta pueda iluminar, en alguna medida, también a los otros. Parto de la siguiente caracterización: el poder de un seguimiento imaginario consiste en la habilidad de “representar” —tener imágenes de, comprender... — algo sin actualmente percibirlo y/o sin haberlo percibido tal como se lo representa.

Sin embargo, si se demarca con tanta precisión el trabajo de los seguimientos imaginarios, por un lado, y de los seguimientos narrativos y hasta planeadores con compromisos referenciales, por otro, ¿no se tiende a presuponer algo así como la *falacia del principio de cerradura del mundo imaginario*? Se razonará: hay que distinguir entre las experiencias y las acciones efectivas, y las imaginadas. También debemos tener en cuenta que muchas veces se usa la expresión “mundo imaginario” contraponiéndolo al mundo real. A partir de estas premisas se concluye que hay que tratar de la misma manera a *todas* las creencias verdaderas en el mundo, y a *todas* las creencias verdaderas en cualquier seguimiento imaginario. ¿Es verdad esto? Por supuesto, con ciertos propósitos se pueden oponer las creencias verdaderas en el mundo *versus* las creencias verdaderas en algún seguimiento imaginario o, si se prefiere, las narraciones y planes con presunción directa o indirecta de verdad *versus* las narraciones y planes que bloquean la presunción de verdad. Sin embargo, creo

que es un error, o conduce a errores, por ejemplo: en la percepción y en los recuerdos que conforman la capacidad de seguimiento narrativo con compromisos referenciales no interviene la imaginación. Aprovecho este señalamiento para volver a subrayar una aclaración: enumerar seguimientos narrativos, planeadores, imaginarios y, más adelante, razonadores, por supuesto, no implica defender que esos seguimientos sean independientes los unos de los otros. Por el contrario, abstrayendo ciertos aspectos de los seguimientos efectivos, se han reconstruido capacidades para responder la pregunta “¿quién soy yo?”. Expresando esta aclaración de otra manera: distinguir entre prácticas de narrar, planear, imaginar, razonar no niega que estas prácticas constantemente se relacionan. O con más fuerza habría que señalar: cada una de estas prácticas se construyen con materiales de las otras y, de hecho, sólo se puede hacer referencia al *predominio* de una de ellas respecto de las demás. Por ejemplo, las prácticas narrativas suelen conformarse en relación con planes, por vagos que éstos sean, y en las narraciones, se sabe, intervienen profusamente la imaginación y los razonamientos. Algo similar puede indicarse de las otras prácticas.

No obstante, regreso a la primera pregunta: sin perder de vista sus múltiples interrelaciones con otras capacidades y, con esta cautela, procurando no comprometernos con la cerradura del mundo imaginario, ¿no se puede, pese a ello, reconstruir un concepto sustantivo de la capacidad de seguimiento imaginario: algunas propiedades que califican nuestro frecuente bloqueo de la presunción de verdad?

Atendamos. Voy con unos amigos a la playa. Después de observar un rato a una niña, Julia, que junto a nosotros mezcla arena con agua y, con esa masa, rellena moldes, le pregunto qué hace. La niña responde: “¿No ves? Cocino pasteles de chocolate”. En voz baja (¿para no deshacer la magia?), comunico a mis amigos: “Julia imagina que el pastel de arena que acaba de hacer es de chocolate”. Como mis amigos no me oyeron, repito mi observación alzando la voz: “Julia simula, . . . Julia pretende que el pastel de arena que acaba de hacer es de chocolate”. Un bloqueo de la presunción de verdad que da origen a un seguimiento imaginario comienza con ese gesto de simular, de pretender: con una *intervención*

imaginante. Esta intervención consiste en acciones de distanciamiento que poseen diversos grados de independencia de los estímulos del contexto, no sólo del aquí y ahora pasados y presentes sino, a menudo, de cualquier posible aquí y ahora. Variando la perspectiva también es posible describir esos esfuerzos como acercamientos a experiencias y acciones paralelas: alternativas de los sucesos pasados, presentes e incluso futuros. Así, se introducen mundos, o fragmentos, o quizá sólo jirones de mundos posibles, aunque no actuales.

La intervención imaginante puede ser propia, implícita y gradual (fantaseo que corro en el bosque), o ajena, explícita y precisa (me decido a conversar con Julia sobre pseudo-pasteles de chocolate o a ver una película francesa de aventuras. En los casos de las instrucciones implícitas y graduales no suele producirse una demarcación más o menos definida y estable: sin darnos cuenta pasamos de fantasear que corro en el bosque a hacer ejercicios en mi cuarto. O, en la sobremesa, al contar una escena de la adolescencia, mi capacidad de seguimiento narrativo, para hacerla más vívida, quizá condimenta el relato con detalles que imagino que así sucedieron, para de inmediato proseguir con los recuerdos. Al respecto existe un patrón repetido: en una reunión de trabajo, el jefe de la oficina protesta y recrimina. Pronto se da cuenta que sus palabras surten efecto: sus subordinados lo atienden de una manera que no lo harían si se hubiese comportado con calma. Entonces, para mantener la atención, el jefe poco a poco simula más emoción de la que siente: dramatiza el guión “jefe enojado”. Hay muchas variaciones de ese patrón. Por ejemplo, respecto de los hijos, muchos padres, en algunos momentos, representan —fingen— roles socialmente establecidos y hasta recomendados (“padre severo”, “madre consentidora”) más allá de cómo espontáneamente tenderían a comportarse. No pocas veces es imposible detectar en qué momento, o momentos, se introducen las instrucciones de la intervención imaginante.

Volvamos a la playa. Cuando Julia simula que ese pastel de arena es de chocolate, representa situaciones tal como podrían ser. Así, a partir de su intervención imaginante se prescribe una perspectiva que re-articula situaciones o aspectos de situaciones: se *desarrolla un escenario imagi-*

nario o sus fragmentos o jirones. Para continuar conversando con Julia sobre lo bueno que están sus pasteles, o sobre la conveniencia de no comer demasiado pastel de chocolate, tengo que aceptar esa presunción articuladora —metodológica— de la situación simulada como el horizonte común. De esa manera, generamos deseos, creencias, emociones, expectativas, acciones que podemos juzgar como más o menos apropiadas a partir de las instrucciones. Duda: ¿cuáles son las relaciones de esas variedades de estados mentales con aquellas que aparecen en las capacidades de seguimiento narrativo y planeador con compromisos referenciales?

En un seguimiento narrativo o planeador con compromisos referenciales encontramos actitudes como, por ejemplo, creer, y esa variedad del creer que es el recordar, en las que interviene la presunción de verdad de manera —para usar de nuevo una palabra tremebunda— “insobornable”: actitudes que se rigen por esta presunción. Pues más allá de todas las mediaciones conceptuales y de los mecanismos de reconstrucción, nadie puede creer algo que sabe que es falso, ni recordar algo que sabe que es falso. Si le señalo a alguien que algo que cree o recuerda es falso, la persona aludida tendrá que defenderse, o corregirse, o matizar, o restringir su creencia o su recuerdo, o descartar mi señalamiento como infundado. En caso contrario, o no me comprende o, por el momento, no se comprende. En cambio, desear resulta una actitud compleja. No puedo desear —¿tendría algún propósito que lo hiciera?— que París sea la capital de Francia si sé que París es la capital de Francia. Si no lo sé, apenas lo sepa desaparecerá mi deseo: perderá su propósito. Claro que puedo desear que París continúe siendo la capital de Francia, pero éste es un deseo diferente. Sin embargo, en otras situaciones, desear parece comportarse de otra manera respecto de la presunción de verdad. Soy capaz de desear que Zacatecas sea la capital de México, porque sé que no lo es. Incluso puedo desearlo sabiendo que hay razones para predecir que es probable que nunca lo sea.

Una vez más regreso a la playa. Pronto Julia se aburre de cocinar pasteles de chocolate y me anuncia que el príncipe ya está ansioso. Aunque sé que no hay ninguna familia real esperándola, le pregunto si el rey los acompañará en su viaje por Babilonia: un bloqueo de la presunción

de verdad da comienzo con una intervención imaginante y desarrolla un escenario imaginario, o fragmentos, o jirones de un escenario imaginario en el cual comenzamos a habitar. Pero, a partir de una intervención imaginante, ¿de qué manera se bloquea la presunción de verdad? Al respecto, dos propuestas poseen plausibilidad inicial: la del bloqueo total y la del bloqueo parcial de esa presunción. Atiendo varias consecuencias de cada opción.

Si se admite que a partir de una intervención imaginante se bloquea de manera total la presunción de verdad respecto de todos los estados mentales y los actos de habla que se produzcan en el escenario imaginario, éstos *no* serán genuinos estados mentales y genuinos actos de habla¹. En su lugar, encontraremos pseudo-deseos, pseudo-creencias, pseudo-emociones, pseudo-expectativas; también pseudo-asepciones, pseudo-órdenes, pseudo-preguntas, pseudo-exclamaciones. A menudo se respalda esta primera opción, observando que si un animal humano se asusta cuando cree estar frente a un peligro, ¿cómo podría continuar genuinamente asustado si cree que tal peligro forma parte de un escenario imaginario? Sí, ¿cómo seríamos capaces de temer un peligro, a la vez que creemos con firmeza que ese peligro no existe? A partir de la perspectiva que introduce la propuesta de un bloqueo total de la presunción de verdad, en un seguimiento imaginario, los sustos, los temores de la primera persona serán, pues, pseudo-sustos, pseudo-temores.

Algo análogo hay que indicar respecto de los demás estados mentales. Según esta primera opción, cuando Julia desea que llegue el príncipe para partir de viaje, y se emociona con esa expectativa, en realidad, sólo tiene pseudo-deseos, pseudo-emociones, pseudo-expectativas. También sus palabras sólo producen pseudo-actos de habla. Pero, ¿es verdad esto?

Me inclino por la segunda opción: un seguimiento imaginario produce un *bloqueo parcial* de la presunción de la verdad². Si este fuese el caso, en un seguimiento imaginario únicamente algunos compromisos

¹Kendall L. WALTON razona con minucia y solidez una variante de esta posición en: *Mimesis as Make-Believe. On the Foundations of the Representational Arts*, Cambridge; Massachusetts; London; England: Harvard University Press 1999.

²Shaun NICHOLS y Stephen STICH defienden tal posibilidad en: *A cognitive theory of pretense*, *Cognition* 74 (2000), pp. 115-147.

referenciales se pondrán entre paréntesis. Entonces, ¿qué sucede con el resto de los estados mentales de una persona después de una intervención imaginante?

Propuesta: a partir de un bloqueo parcial de la presunción de verdad habrá una o unas pocas creencias respecto de las cuales suspenderemos esa presunción. Sin embargo, muchos estados mentales, incluyendo muchas creencias, permanecerán tal como eran antes del bloqueo, y otros estados mentales sólo variarán de manera, a la vez parcial y gradual.

Discutamos los dos primeros casos. Por lo pronto, en mi conversación con Julia claramente se bloquea la presunción de verdad en relación con la materia de que están hecho los pasteles: suspendo mi creencia de que esos pasteles son de arena y no de chocolate. No obstante, muchos otros estados mentales permanecen invariables. Así, lo hacen nuestras creencias sobre el pastel de chocolate que habrá en su cumpleaños y en el cumpleaños de su madre; tal vez sobre las ansiedades de su madre frente al chocolate, esa delicia que engorda. Algo similar sucede en cualquier fantasear, por ejemplo, si harto de corregir demasiados exámenes, ya entrada la noche, tirado en un sillón tomando una cerveza helada, fantaseo que soy un narcotraficante, dejo curso libre a mi asociar creencias. Quizá me sumerja en una vida llena de emociones simulando largas noches de fiesta en la frontera, pretendiendo que el aguardiente corre, generoso, en medio de la risa y los tiroteos. De seguro, en este fantasear no variarán muchas de mis creencias de trasfondo, por ejemplo, mis creencias sobre la frontera entre México y los Estados Unidos. De ahí que, por ejemplo, las creencias no seleccionadas por la intervención imaginante se rijan por una regla de presunción acerca de la conservación de las creencias implícitas.

De esta manera, en un bloqueo parcial las creencias implícitas permanecen sin cambio alguno respecto de la presunción de verdad, a menos que en el escenario de ficción haya instrucciones para restringir esa perspectiva (como suele haberlas en un relato fantástico, o de ciencia-ficción; aunque esa restricción puede suceder en cualquier escenario imaginario, incluyendo el fantasear más deshilachado). De ahí que si Julia simulara que el mar es de chocolate, la conversación se modificaría.

Mientras no lo haga, yo y, presumiblemente ella, tendremos la creencia implícita de que en el mar hay agua salada y no chocolate: continuará rigiendo la regla de presunción acerca de la conservación de las creencias implícitas.

Por supuesto, de acuerdo al desarrollo de cada escenario imaginario, la primera persona conservará de varias maneras la presunción de verdad. Así, ésta se modificará si, asumiendo el papel de médico, se sigue imaginariamente como niño que juega, como adulto que fantasea, como actor profesional en una serie de televisión, como fraude con el propósito de ejercer ilegalmente la medicina.

Algo similar sucede respecto de las relaciones inferenciales entre las creencias. Quien acepte la propuesta parcial no distingue entre inferencias genuinas e inferencias simuladas, sólo entre inferencias basadas en premisas que cree y otras que realiza a partir de la intervención imaginante que representa asunciones que ni cree, ni quizá desea que sean verdaderas. (Julia tal vez no desea que sus pasteles de arena sean de chocolate. Sin duda, yo no deseo convertirme en narcotraficante). Sin embargo, en ambas situaciones se trata del mismo tipo de inferencias que, simulando que se aceptan sus premisas, podemos evaluar como correctas o incorrectas a partir de la presunción de verdad. Cuando se juega o se va al cine, ¿acaso no se corrige el inferir en escenas simuladas tanto como se lo hace en escenas que no lo son?

Pero, ¿qué sucede en un seguimiento imaginario respecto de los deseos, las emociones, las expectativas? (Para disminuir la inquietud acerca de la anomalía de los deseos y las emociones respecto de referentes no existentes propios de la capacidad de seguimiento imaginario, téngase en cuenta que a menudo deseamos que hubiese sucedido algo diferente a lo que sucedió. O tenemos vergüenza o remordimientos por lo que hicimos no sólo ayer, sino en un pasado lejano. En ambos casos, nos seguimos narrativamente también con deseos y emociones frente a sucesos no existentes; o si se prefiere, ya no más existentes)³. Pasemos, pues, de las creencias implícitas y las inferencias entre creencias a esos otros es-

³Cf. Richard MORAN: "The expresión of Feeling in the Imagination", *Philosophical Review* 103 (1994).

tados mentales que son, al menos en apariencia, más recalcitrantes de explicar a partir de un bloqueo parcial de la presunción de verdad.

Cuando se juega a policías y ladrones, o se lee una novela policial o se va al teatro o se mira una intrigante serie de televisión acerca de policías y ladrones, a menudo parecería que las primeras personas no tienen pseudo-deseos, pseudo-creencias, pseudo-expectativas sino, por el contrario, deseos, emociones y expectativas genuinas e incluso agobiantes. Si al detective con que se identifica el espectador le acechan peligros de muerte, ¿no le acosan al espectador deseos de que el detective se salve y la expectativa de que rescate a su novia, además de emociones perturbadoras temiendo de que no pueda hacer ni lo uno ni lo otro? Incluso aunque nos presionen asuntos prácticos en apariencia, al menos, más importantes, la intriga y la ansiedad a veces son tan fuertes que no nos podemos desprender del juego, de la novela, del aparato de televisión. Hasta nos dejamos confundir. La preocupación no es nueva y podemos llamarla “*alarma de San Agustín*”. En el capítulo XIII de las *Confesiones*, San Agustín desespera de:

considerar con emoción las andanzas de Eneas con olvido de mis propias malas andanzas; llorar a Dido muerta y su muerte de amor, mientras veía yo pasar sin lágrimas mi propia muerte.

¿Cómo es posible que los acontecimientos que se saben ficciones de un viejo libro de Virgilio ocupen más los deseos, las creencias, las emociones, las expectativas de una primera persona, que los problemas actuales de la propia vida? ¿De dónde proviene ese maravilloso, o perverso, poder de *La Eneida* de hacer pasar gato por liebre, o peor aún, de hacer pasar gatos fingidos como si fuesen gatos y liebres reales? Estos deseos, creencias, emociones, expectativas que tanto se arraigan en nosotros y hasta nos atan, ¿acaso no son reales, como tendrían que *no* serlo según la opción del bloqueo total? Pero, ¿cómo pseudo-deseos, pseudo-creencias, pseudo-emociones, pseudo-expectativas podrían ejercer mayor poder sobre nosotros que los deseos, las creencias, las emociones y las expectativas genuinas? (San Agustín: “Y cuando se me impedía seguir

con esas lecturas me llenaba de dolor porque no me dejaban leer lo que me dolía”).

Obsérvese, además, que desde el punto de vista de la primera persona no hay diferencias entre los deseos, las creencias, las emociones y las expectativas parte de un seguimiento imaginario y los deseos, emociones, expectativas en seguimientos narrativos y planeadores en los que no se ha bloqueado la presunción de verdad. Como subraya la alarma de San Agustín, a veces la emoción es incluso más intensa que su correspondiente emoción en prácticas con compromisos referenciales. La situación es común: no sólo a San Agustín le preocupaba la muerte de Dido por el amor de Eneas más que su propia muerte; en no pocas noches frente al televisor, nos llega a afligir más la suerte de la ciega desamparada ante el malhechor de Las Vegas, que la de los ruidosos vecinos del segundo piso, tan desgraciados ellos.

Consideremos la inestabilidad conceptual de la capacidad de seguimiento imaginario. Tampoco hay diferencias entre quienes reaccionan físicamente ante ficciones y quienes participan en prácticas fuera de la ficción. Por ejemplo, no hay diferencias respecto de las modificaciones en la conducta (palidez en el rostro, aceleración del pulso...) o sus reacciones biológicas subyacentes (tensión en los músculos, subida de la adrenalina...). ¿Encontramos, pues, un nuevo argumento para respaldar que no sólo la memoria sino, en general, la vida de la mente es análoga a la vida en un palacio con una arquitectura modular de tal manera que, por ejemplo, respecto de las muchas variedades de seguimiento imaginario podemos, con algunos propósitos, bloquear ciertos corredores a la presunción de verdad y no otros?

Prosigamos explorando la propuesta de un bloqueo parcial. Según esta propuesta, habrá algunas creencias con compromisos referenciales bloqueados y una gran cantidad de estados mentales invariables (por ejemplo, creencias tácitas, la mayoría de las inferencias, de los deseos, de las emociones, de las expectativas). Pero no sólo. También habrá algunos estados mentales que variarán sólo de manera parcial y gradualmente. Así, sentada en el teatro, la primera persona desespera si el narcotraficante al fin sobrevive a su borrachera y a los calores del desierto. O aplaude

si el detective, en el último minuto y pese a la ineptitud demostrada, con un disparo certero salva a su novia. No obstante, por más angustiada que esté, a casi nadie se le ocurre iniciar acciones inmediatas como saltar al escenario para impedir que el narcotraficante alcance la ametralladora, o llamar a la estación de televisión para informar que la novia del detective se encuentra en peligro y de qué peligros se trata. Duda: según la propuesta del bloqueo parcial, a partir de una intervención imaginante, ¿no se producen efectos fuera de los escenarios imaginarios? La intervención imaginante, ¿carece de efectos en el resto de las prácticas?

Si se tuviese que responder con una afirmativa, la alarma de San Agustín sería una pseudo-alarma y, en general, habría que revisar las razones para, respecto de los seguimientos imaginarios, aceptar un bloqueo parcial de la presunción de verdad y no, más bien, un bloqueo total. Pero no corramos. Además de los efectos directos, tengamos en cuenta el fenómeno del efecto retardado.

Solemos usar el concepto de acción de efecto retardado en relación con medicinas o venenos para indicar que su obrar no se agota en sus resultados inmediatos. Más bien, en estos casos se trata de un operar de la medicina o del veneno que se prolonga durante un tiempo, en algunos casos, días, en otros, hasta meses. De modo similar se alude a una máquina con efecto retardado cuando se puede fijar —digamos, un televisor, una grabadora, el dispositivo de una bomba...— para que funcione en tiempos muy posteriores al momento en que se la programa. (No sin ironía, se describe a una persona como actuando con efecto retardado si ésta se da mucho tiempo para responder, o reaccionar; si interviene cuando los demás ya andan en otros asuntos). Así, a las acciones de efecto retardado, más que por sus consecuencias instantáneas o a corto plazo, se las valora por sus consecuencias graduales, a largo plazo.

Sugerencia: algo similar sucede con muchos estados mentales que se producen a partir de una intervención imaginante. Por ejemplo, si el cajero de un supermercado comienza a perderse entre ensueños de que ganó la lotería, fue elegido presidente de una vasta corporación, recibió un premio como ciudadano ejemplar y casó con la más rica del pueblo, tal vez no modifique su comportamiento de manera inmediata. No obs-

tante, tarde o temprano quizá se enrede en sus fantasías y se comporte con torpeza, y hasta se desoriente en los trabajos aburridos que cada día se ve obligado a hacer para sobrevivir.

Previsiblemente, las consecuencias de un deseo, una creencia, una emoción, una expectativa de efecto retardado a veces resultan casi imperceptibles o por completo imperceptibles, tanto para la primera persona que las vive, como para la segunda o la tercera persona que observa. No por eso su eficacia es menor. Quizá muchas de las graduales maneras en cómo cambiamos la mirada sobre el mundo a lo largo de los años y, en consecuencia, en cómo lenta pero decisivamente erosionamos, y acabamos modificando deseos, creencias, emociones, expectativas, cómo, pues, cada animal humano se va volviendo cierta primera persona, depende (para bien y para mal) de creencias, deseos, emociones, expectativas de efecto retardado. De ahí que, los diversos seguimientos imaginarios posean quizá más consecuencias sobre el resto de las experiencias y acciones de lo que se sospecha.

La propuesta de que muchos deseos, creencias, emociones, expectativas que se producen a partir de una intervención imaginante son de efecto retardado no carece de apoyos. Alonso Quijano el bueno se convierte en el mágico Don Quijote después de pasar años leyendo novelas de caballería. Madame Bovary arruina su existencia por atiborrarse con novelitas sentimentales. Tal vez se objete que estos testimonios acerca de que soy, o en parte soy, las ficciones que leo, escucho, miro... no son fiables, porque demasiado prejuiciados: provienen de quienes, en tanto productores de seguimientos imaginarios públicos, exageran. Acaso Cervantes y Flaubert interesadamente buscan otorgarle a las palabras o imágenes, resultados de la intervención imaginante, demasiada aptitud para distorsionar, en otras ocasiones también para fortalecer, el poder de la primera persona.

Estos testimonios no son, sin embargo, los únicos respaldos a los efectos a menudo retardados de los seguimientos imaginarios. También podemos recurrir a los enemigos de la ficción: a la historia de la censura y a sus elaborados argumentos (religiosos, morales, políticos, incluso metafísicos). Platón en el libro X de la *República* es elocuente. No es

difícil encontrarle a sus palabras ecos sucesivos y, a menudo, consecuencias concretas en ese festivo rito que las sociedades no se han cansado de celebrar: en las casi ininterumpidas quemas de libros (con su enigmática preferencia por los libros de versos y de ficción).

Supongamos todavía que el bloqueo de la presunción de verdad fuese más que parcial. En ese caso las ficciones no producirían ningún tipo de deseos, creencias, emociones, expectativas genuinas y, por lo tanto, con efectos genuinos, sea inmediato, sea retardado. Entonces, ¿cómo entender la alarma de San Agustín? Sobre todo, ¿cómo explicar ese afán de las sucesivas censuras por corregir o eliminar con tanto ahínco las ficciones...?

En compañía —¿incómoda?— de Cervantes y de Flaubert, en la propaganda comercial encontramos también otros apoyos a la propuesta sobre el efecto a menudo retardado de algunos seguimientos imaginarios. Como habiendo aprendido de esas medicinas que sólo surten efecto si se las toma varios meses seguidos, la propaganda comercial suele confrontarnos durante algún tiempo con atractivos escenarios que encuadran el producto a vender. No hace mucho pasó por la televisión el siguiente anuncio de prendas masculinas: a un actor conocido, con un saco de pana morada, lo rodeaban, con fascinación, señoritas con labios y escotes pronunciados. Había un trasfondo de palmeras, una rumba. En los primeros días, el anuncio provocó risas. ¿Quién sería tan sonso de comprarse un saco de ese color? Y de pana... ¡con el calor que pasamos en el trópico! Meses después, previsiblemente, uno se encontraba en los lugares más inesperados —en el metro, en una vulcanizadora, en una clase de Física de la universidad, en el teatro...— con jóvenes y viejos, sudando a más no poder, luciendo sacos de pana de extraños colores. Un amigo que, después de haber comprado uno de esos desatinos, se resignó a guardarlo (quizá esperando la ocasión propicia) me confesó: “el actor se veía tan joven, tan seductor. Yo pensé que disimularía la barriga. Cuando me lo puse, a las risas, mis hijos preguntaron si, con pana morada pretendía disfrazarme de obispo, de payaso o de actor de telenovela”. En este ejemplo queda claro, además, que en las consecuencias de los seguimientos imaginarios se pueden mezclar tanto acciones de efecto retardado

como directas. Porque si para realizar su fantasía, alguien se compra de inmediato una vestimenta, la acción es directa.

Tal vez se quiera concluir: el amigo fantaseaba, no imaginaba. Algo similar puede afirmarse de Don Quijote, de Madame Bovary y de la mayoría de nosotros en momentos no pocos decisivos de nuestras vidas. En cualquier caso, respecto de la exploración acerca de en qué consiste la capacidad de seguimiento imaginario (sobre la posibilidad de propiedades comunes, al menos, de algunos seguimientos imaginarios), retengamos la siguiente caracterización: entre estas propiedades figura una *intervención imaginante* y la consecuente *construcción de escenarios imaginarios*, o fragmentos, o jirones de escenarios imaginarios, con un *bloqueo parcial de la presunción de verdad* que da lugar a la fantasía o a la imaginación.

Guiados por esa oscilación, “fantasía o imaginación”, vayamos ya la alternativa entre la propuesta acerca del carácter superfluo de la imaginación y la propuesta reificadora. Tal vez en cada una de esas propuestas se absolutizan ciertos tipos de usos que en el lenguaje cotidiano solemos distinguir según que éstos fortalezcan o debiliten el poder de la primera persona. Así, con el verbo “fantasear” se hace referencia a las disminuciones, o erosiones de ese poder, y con el verbo “imaginar” a sus aumentos y refuerzos. Por lo pronto, le daré a estos usos cierta estabilidad (que no poseen en el lenguaje ordinario) para, junto a la exploración del concepto sustantivo de la capacidad de seguimiento imaginario que se ha llevado a cabo, introducir un *concepto adjetivo de la capacidad de seguimiento imaginario* y así, intentar disolver la alternativa de la que hemos partido.

Anoto ya una metáfora como primer síntoma de este concepto adjetivo. El fantasioso levanta murallas frente a lo real, o intenta cavar pozos sin fondo. De esta manera, la primera persona, como se advierte, “evita las resistencias”, “no toca tierra”. No se olvide: se trata de murallas, o de pozos, que a veces, poco a poco, pareciera que demarcaran “mundos imaginarios”. Por eso, se procura tanto proseguir amparados, y entretenidos, en su compañía (¿alarma de San Agustín?). Como cualquier seguimiento imaginario, al fantasear se lo puede provocar con una intervención propia o ajena. En este último caso se lo hace, por ejemplo, cuando

veo telenovelas o leo diarios o revistas con la vida glamorosa de celebridades, como actrices o actores de cine de Hollywood, cantantes de rock, princesas europeas, jugadores de fútbol del Real Madrid (esas seductoras crónicas de cuentos de fantasmas que no se declaran como tales). En cambio, imaginar implica proponer o, al menos, esbozar puentes —a menudo, difíciles puentes— a las varias realidades, actuales o posibles. Por supuesto, urge revisar clases de imaginación que esbocen en qué puede consistir que una imaginación proponga o sugiera “puentes” a la realidad o a posibles realidades, formando o no nuevas imágenes. Ante todo estos “puentes” consisten en indagar conexiones pasadas por alto o en descubrir nuevas posibilidades (“Imagínate cuánto rencor había acumulado tu esposa que fue capaz de...”. “¿Te imaginas que pasaría si eliminásemos las fronteras?”). Incluso no se trata sólo de preguntar “¿por qué?”, también “¿por qué no?”. He aquí algunas ilustraciones.

Cuando una primera persona saca provecho de sus escasos medios con frecuencia se dictamina: “esa acción fue imaginativa”. Se elogia a un maestro rural porque ejercita las potencialidades de sus alumnos si, dada la penuria social, capitaliza los recursos a disposición para motivarlos; digamos, les ayuda a construir algunas tecnologías simples para solucionar problemas que, en relación con las cosechas, ha planteado la última sequía. Estas acciones, que suelen ser directas pero que a menudo no carecen de deseos y creencias de efecto retardado, muestran cierta clase —hay muchas otras— de *imaginación práctica*.

Existen, sin embargo, usos de las expresiones “muy imaginativo” o “seguimientos imaginarios con algún grado de riqueza” opuestos a la imaginación práctica. Se aprecia a un matemático o a un lógico como “imaginativos” porque saben abstraerse de los estímulos inmediatos y diseñan construcciones que no tienen que ver con sus circunstancias. Esas construcciones, en principio, se valoran haciendo abstracción de sus posibles aplicaciones, aunque acaben siendo base de tecnologías tan complejas como los viajes espaciales o la red. De manera similar se elogia cuando se sabe razonar de manera contrafáctica a partir de supuestos no menos contrafácticos. O *imaginación inventiva*.

Sin embargo, hay seguimientos imaginarios que no consisten ni en solucionar problemas inmediatos, ni en producir estructuras abstractas, ni en razonar hipotéticamente, sino en comprometerse de modo afectivo, en contextos privados e informales, con una o varias segundas personas y sus urgencias, o en contextos públicos y formales, con causas sociales. Esas primeras personas poseen, como se indica, especial temple para “imaginarse en los zapatos del otro”. Con simpatía lúcida descubren sus necesidades, procuran atenderlas. O *imaginación emocionada*.

No menor valor reciben las simulaciones de particularidades, incluso de los puntos menores de un asunto, como cuando un arquitecto diseña una casa, o un ingeniero un microscopio de alta precisión o una nueva clase de aviones. También en contextos públicos más o menos formales, más o menos institucionalizados, como las campañas políticas, a menudo se tiene éxito si se consigue que la sociedad considere factible (como se repite: “que la comunidad visualice”) el acceso a una realidad mejor de la que vive. Así, se procura hacer promesas no tanto llamativas como específicas que acierten en la imaginación de los electores. Designemos a esta clase de seguimientos como *imaginación minuciosa*.

Por otra parte, también se usan los calificativos “muy imaginativo” o “con gran riqueza” para las primeras personas que se aventuran, no en territorios lejanos al aquí y al ahora, sino —¿paradojalmente?— en los aquí y ahora de cada día. Esta clase de imaginación no descubre, re-descubre: no conquista lo ignorado por desconocido, sino lo ignorado por demasiado conocido. Ese seguir y seguirme de baja velocidad moviliza, corta, agujerea, retuerce hábitos: esas cortinas con que los sobrentendidos cubren el correr del tiempo. Porque para actuar a menudo tenemos que desatender la mayoría de los detalles que nos rodean. Sin embargo, a veces importa emprender la exploración detallada de los alrededores dejándose llevar por antiguos proverbios como “dejar de oír para escuchar”, y hasta “menos es más”. A falta de una mejor expresión, indicaré que se “*imagina con frescura*”.

Incluso si sólo nos atenemos a las pocas clases de imaginar que se han enumerado y que a menudo se traslapan ya se comprueba que todas ellas establecen “puentes” a realidades. Más todavía, como sus prolon-

gaciones, como algunos de sus momentos, nos topamos con una vasta construcción de artefactos: herramientas, textos, útiles domésticos, instrumentos científicos, construcciones de todo tipo, que van desde las tecnologías de la alimentación a las de la guerra, los diseños comerciales, los juguetes.

Un segundo síntoma, o variación del primero, elabora, y hasta explica un poco estos usos de los seguimientos imaginarios, normativamente opuesto respecto del poder de la primera persona, que recoge la metáfora escolar “murallas o pozos *versus* puentes”: las diversas formas de la imaginación tienen muy en cuenta de manera parcial o, incluso, indirectamente, total, la presunción de verdad. En consecuencia, se alimentan las interrelaciones entre los seguimientos imaginarios y los materiales que provienen de las capacidades de seguimiento narrativo y planeador con compromisos referenciales. Así, específicamente en aquellos seguimientos imaginarios que producen artefactos, se hace uso extensivo de esta presunción: sin su respaldo, no se sería capaz de actividades productivas. Pero no sólo para construir “puentes” de cualquier tipo, también para engañar o destruir algo valioso se necesita contar con premisas verdaderas y hacer cálculos correctos, de lo contrario, de seguro fracasará el engaño o los intentos de destrucción. A su vez, esta producción posee efectos de retroalimentación (o *feed back*) respecto de muchos seguimientos. De ahí que entre los seguimientos imaginarios y sus productos, se establezcan ajustes y reajustes, a veces con diversos grados de reciprocidad.

En cambio, la fantasía desatiende esa presunción, y una vez que se echa a andar procura volverse inmune frente a todo contra-argumento. En este sentido, suele haber algo mecánico en el fantasear. (Al respecto, recuérdese las fantasías que provocan los celos, la envidia, varios tipos de odio). En casos extremos, la meta de la fantasía consiste en bloquear totalmente la presunción de verdad y echar a andar una “máquina del fantasear” que produzca “mundos puramente imaginarios”. Proseguir esa meta imposible de alcanzar, no produce, sin embargo, pseudo-deseos, pseudo-creencias, pseudo-emociones, pseudo-expectativas, sino deseos fraudulentos, creencias fraudulentas, emociones fraudulentas, expecta-

tivas fraudulentas. De ahí que se descalifique a este tipo de conductas indicando: “el fantasioso reduce la tenacidad a obstinación. Sus ensueños no hacen más que autoengañarlo”. Por eso, en todo fantasear ¿acaso, además de fingimientos, no opera algún grado de autoengaño?

Prosigo las diatribas en contra del fantasear con otra oposición metafórica. También se evalúan los seguimientos imaginarios aludiendo a la manera en qué se llevan a cabo. Así, a veces se los describe como centrípetos. “Centrípeto”: fuerza que atrae, dirige o impele hacia el centro, en este caso, hacia la propia subjetividad. Cuando se indica: “el seguimiento imaginario de ese fantasioso se rige por un movimiento centrípeto” se sugiere que la persona, sin advertir su monótona pobreza, vuelve a recombinar los mismos deseos, las mismas creencias, las mismas emociones, las mismas expectativas, temiendo experimentar con nuevos deseos, creencias, emociones, expectativas. Pero si bien un escenario imaginario se puede conformar con repeticiones, también los animales humanos somos capaces de aprender y así, de otorgarle a la imaginación movimientos que se alejan de la terquedad y del miedo: movimientos centrífugos que acogen las interrupciones, las sorpresas, lo otro. De esta manera, la oposición entre seguimientos centrífugos *versus* centrípetos introduce un nuevo candidato a síntoma que contrasta imaginación y fantasía.

No obstante, cuidado. El contraste normativo imaginación/fantasía sólo —¡sólo!— establece un encuadre de normas y valores para, en cada caso, provocar y, si es posible, guiar la reflexión. Yerra, pues, quien con tales síntomas, o variaciones de un síntoma procure esbozar una clasificación de dos formas estables y excluyentes de seguimientos imaginarios para, en algún momento, poder dictaminar: “A imagina”, “B fantasea”, “C imagina”. . . Entre otras razones, síntomas no implican criterios precisos, fijos y generales para demarcar sin más: “hasta aquí de manera productiva se imagina; más allá se desparraman ilusiones patéticas porque sólo conducen a callejones sin salida” o “hasta aquí se trabaja con la presunción de verdad; más allá se la suspende o reprime”. Además, las clases enumeradas de imaginación (práctica, inventiva, emocionada, minuciosa, con frescura) poseen patologías a las que se resbala con facilidad. Por otra parte, a veces no es claro si a un seguimiento lo constituye

un movimiento centrífugo o centrípeto, o si se oscila entre uno y otro, o si en un mismo seguimiento hay fases de ambos. (De ahí que quien critique a la alarma de San Agustín por confundir imaginación con fantasía, no debe olvidar que, de ser una confusión, se trata de una confusión significativa. En ocasiones el fantasear se disfraza de imaginación, o se continúa o tiende a continuarse con ella, y viceversa. Se sabe: no pocas veces la aparente muralla se descubre como puente, y viceversa).

¿Hay que aclarar todavía que el síntoma decisivo, o variación decisiva de síntoma, acerca de la oposición imaginar/fantasear es: el fantástico “vuelve a recombinar los mismos deseos, las mismas creencias, las mismas emociones, las mismas expectativas, temiendo experimentar con nuevos deseos, creencias, emociones, expectativas”? Por el contrario, en las prácticas de la imaginación, como en aquellas prácticas narrativas y planeadoras que también fortalecen el poder de la primera persona, paso a paso, se tiene en cuenta la autoridad del experimentar, la autoridad de los experimentos. ¿Autoridad del experimentar, de los experimentos? Con tales expresiones, ¿a qué se hace referencia?